

analiza así: «Justo Sierra fué un platónico porque fué como Platón, un amante. Sabía amar con fuego divino lo mismo las grandes cosas que las cosas pequeñas; su intuición poderosa iba siempre en alas de su insaciable amor, en pos de certidumbre moral y de ciencia; por eso penetraba adonde no puede llegar la fría y pura razón de los temperamentos discursivos, la razón clarividente, pero incapaz de fundarse en sí misma; por eso en sus libros de Historia y en sus discursos pedagógicos y cívicos (consagrados á la nación mexicana para enaltecirla y dignificarla, como los de Fichte a la nación alemana, para despertarla de la atonía patriótica en que yacía cuando a principios del siglo pasado, fué escarnecida por los ejércitos de Bonaparte) palpita el conocimiento de la Humanidad en el fondo de un optimismo sincero, en verdad apostólico, que «besa con profunda piedad» a despecho de todas las ironías y todos los escepticismos «la mano de la mártir cristiana que encendió la lámpara de las catacumbas.»

«Era el suyo un amor ardiente e incontenible, filosófico, a la manera de los místicos. Era también un amor matizado de ironía pero no súbito de ella, no vasallo, sino imperante siempre y siempre sentimental. Tenía en verdad aquel gran viejo ilustre, cuya sólida cabeza, cuyo pecho ro-

busto sólo fueron albergue de nobles y viriles entusiasmos, un incomparable caudal de pasión; y así describiera una época histórica colmada de heroísmos y empenachadas victorias, o hablara cómo un buen padre de familia, de la patria o de la escuela, o bien trazara en unas cuantas líneas el retrato de un gran hombre o bien se inclinara con unción religiosa hasta auscultar el corazón de los humildes, hasta besar en donde besa el pueblo «por fe o por amor» siempre de su pasión, de su entusiasmo, brotaba el primer acto y la primera fórmula orgánica de su conocimiento histórico para después extenderse y difundirse luego en el ritmo de su prosa magnífica, hasta completar un conjunto armonioso, en que la resurrección del pasado se cumplía, ante sus lectores o sus oyentes, con el engaño real de las alucinaciones psicológicas.»

Y he aquí que al historiador, al orador, al educador, siguió aferrado, vivo y vigoroso, el poeta. Ya no escribía versos, sino de cuando en cuando, pero los oía, los aplaudía, los leía en horas de reposo y delectación. No aconsejaba como su maestro Altamirano las fórmulas de la poesía nacional, pero ayudaba a la formación de cada personalidad, con muy libre criterio, haciendo observaciones de saludable juicio. Veía desde muy alto y con una comprensión dentro de la

cual cabía todo menos la vulgaridad y el mal gusto. Conociendo nuestra idiosincrasia literaria, su consejo tendía siempre a evitar los excesos verbales, y a cultivar la exactitud y la sobriedad. Sabía muy bien que la literatura nacional se estaba formando, que paso a paso tomábamos, diseñábamos un contorno peculiar, que nuestra orientación francesa nos servía para desprendernos definitivamente del aspecto y de las imitaciones españolas y que limpiábamos con un baño de arte nuevo, con el arte espléndido de la poesía y de la prosa galas, nuestras empolvadas imágenes, nuestros rancios prejuicios, nuestros viejos modelos castellanos. Purificar el estilo, hacerlo cada vez más castizo y límpido, conservar fundamentalmente nuestro carácter novohispánico, pero abrir a los cuatro vientos del espíritu nuestra curiosidad, y renovar ideas y formas, de acuerdo con nuestro desarrollo cultural y social: ese era el horizonte señalado por el maestro.

Cuatro grandes maestros tuvo México para encauzar esta renovación: D. Gabino Barreda, discípulo de Augusto Comte, cuyas lecciones habí escuchado en Francia y que fué quien estableció en mi país en el año 1868, la enseñanza superior, la educación universitaria, sobre la base de la Filosofía Positiva; (1) D. Ignacio Ramírez,

(1) De entre los discípulos de D. Gabino Barreda

cuya sabiduría era más bien iconoclasta y destructora, y que por eso tal vez no logró transmitir intensamente sus enseñanzas; D. Ignacio Altamirano, que era armoniosamente amable, brioso predicador de libertad y belleza, pero que ponía, por altivez de raza tal vez, cierto orgulloso escepticismo en sus doctrinas; D. Justo Sierra, intelectual y sentimental en iguales proporciones, y que infundía con su palabra y con sus actos el amor creador, la fe tranquilizadora. Los cuatro son representantes de un período de evolución social y nacional; los cuatro resumen, en distintos aspectos, el desenvolvimiento de las ideas y de su expresión, durante la época en que empezó a formarse el alma de la patria.

\* \* \*

Los discípulos de Altamirano pueden presentar muestras literarias de evidente mérito. Acabo de referirme a Juan de Dios Peza. Debo ahora ci-

---

todos ellos apegados a la más rigurosa disciplina científica, salieron dos personalidades literarias muy distinguidas; el doctor D. Porfirio Parra poeta que quiso llevar al verso asuntos de la ciencia pura (Oja a las Matemáticas, «Dinamo», «El Agua») y el doctor D. Manuel Flores, excelente prosista y dialéctico de primera fuerza.

tar a Agustín Cuenca. Fué este poeta un cuidadoso modelador del verso, lo plasmaba con mucho arte y luego lo matizaba con muy buen gusto. Por casualidad, en un libro corriente adquirido aquí, me he encontrado algunas estrofas de Cuenca, que dan idea de la brillantez con que escribía.

#### LA MAÑANA

Tiende el sol cuando amanece,  
gasas de oro en la esmeralda  
de los campos, la humedece  
con sus perlas, y parece  
cada campo una guirnalda.

Caen sus nacientes fulgores  
sobre el templo solitario,  
y es florón de resplandores  
la vidriera de colores  
del esbelto campanario.

Del monte incendia el selvoso  
laberinto de retamas,  
y se alza el monte boscoso  
como se alzara un coloso  
con un turbante de llamas.

Matiza el cristal del río,  
y lleva el río en sus ondas  
copiando un pinar sombrío,  
ramajes en que el rocío  
se envuelve en doradas blondas.

De carmín tiñe al rosal,  
de oro tiñe al girasol,  
y es la escarcha matinal  
una hamaca de cristal  
bajo un velo de arrebol.

Sobre la cumbre riscosa,  
en los témpanos de hielo  
pinta rálagas de rosa,  
y hace de la mariposa  
un iris que cruza el cielo.

Abrense cuando desata  
a la fuente, cuyo rastro  
es una estela de plata,  
junto a adelfas de escarlata  
floripondios de alabastro.

Presta el rizado plumaje  
de los pájaros colores,  
da colores al encaje  
de las nubes, y al paisaje  
perlas, pájaros y flores.

Todo es luz, aves, aromas,  
fuego el sol, llanto el rocío,  
flores el juncal, las pomas  
roja grana, las palomas  
blanca nieve, espuma el río.

La obscura selva rumores,  
el torrente centelleos  
de divinos esplendores,  
la alameda ruiseñores,  
los ruiseñores gojeos.

Toda la naturaleza  
cuando el sol la da calor,  
palpitaciones, grandeza,  
es mujer cuya belleza  
entra en tálamo de amor.

Lasciva al placer arroja  
del pudor los blancos velos...  
Casa su febril congoja,  
y cuando ella se sonroja  
ya tienen bajo los cielos:

Los arroyos más cristales,  
y los cardos más espinas,  
más flores los florestales,  
más espigas los trigales,  
el torreón más golondrinas...!

Estos versos fueron publicados en México el año de 1875, hace cerca de cincuenta años, y se diría que son algo así como la alborada, como el presentimiento de la poesía moderna, que no iba a tardar en presentarse en México.

José María Bustillos es otro de los discípulos de Altamirano que, sin producir obra grande, la produjo primorosa. Escribió sobre asuntos de leyendas indígenas, poemas encantadores, como *Las dos rocas* y *La Gruta de Cicalco*. Murió en flor; anunciaba frutos de paraíso.

El amor del maestro Altamirano por la antigüedad clásica, inspiró la musa de otro discípulo suyo, Enrique Fernández Granados, cuyo es este mirto de florilegio:

Si queréis de mi lira  
oír los sonos,  
dadme vino de Lesbos  
que huele a flores;  
y si queréis que dulces  
amores cante,  
venga Lelia a mi lado  
y el vino escancie.  
Pero no en cinceladas  
corintias copas,  
porque el vino de Lesbos  
se liba en rosas;  
es dulce como el néctar

que en los festines  
de Olimpo, Ganimedes  
alegre sirve.  
venga Lelia a mi lado,  
y sus hechizos  
celebraré en mis cantos  
bebiendo vino.  
Veréis cómo la niña  
si oye mis coplas,  
me da vino de Lesbos,  
pero en su boca,  
porque el vino de Lesbos  
se liba en rosas.

Ahora bien; si en la poesía no se marcó claramente la influencia del maestro Altamirano, tuvo éste un discípulo, el predilecto, quien, continuando el género del *Pensador del Gallo Pitagórico* y de Guillermo Prieto, trasladó a su prosa el mundo que lo rodeaba, y perfeccionó, hasta hacerlo trabajo de arte, el cuento nacional. Angel de Campo se llamaba: su pseudónimo era *Miceos*. La vida popular no tenía secretos para este costumbrista. Las casas, las calles, los barrios, las gentes, revivían bajo su pluma. Es un pintor de género. No ve en grande, pero ve en detalle y limpidamente. Su dibujo es asombroso; su color, enérgico. Tiene las cualidades de un Meissonier. ¡Y qué estilo tan flexible el suyo, de ornamen-

taciones claras, de giros gallardos! Ha recogido como un fonógrafo las conversaciones de su país y las ha trasladado con atingente fidelidad a sus cuadros. Nuestra personalidad entera, lo que conservamos de característico, está en Micrós, en sus novelas, en sus cuentos, en sus artículos. Desde este punto de vista, nadie lo ha superado en México.

\*\*\*

Pero el tiempo pasa y yo necesito emplear el poco que me queda en hablar del más grande de nuestros líricos, conocido probablemente de ustedes, querido y admirado como ninguno en mi país. Asimismo, tiene él un nombre glorioso y un pseudónimo célebre: Manuel Gutiérrez Nájera; *El Duque Job*.

Hijo de familia burguesa y piadosa, Gutiérrez Nájera solazó su infancia con la lectura de libros ortodoxos y místicos: Juan de Avila, ambos Luis-es, San Juan de la Cruz, Santa Teresa, Malón de Chaide. Sus padres quisieron que aprendiese latín, y en casa, sin haber ido a la escuela, fué un cura su profesor. De esta aurora intelectual quedan vestigios en la obra entera de Manuel. No olvidará ya, en adelante, ni a los poetas místicos ni

a los poetas latinos. Aún llevaba el pantalón corto, no cumplía trece años, cuando cometió su primera calaverada: se escapó del regazo maternal y se presentó en la redacción de un periódico católico, pidiendo que le publicasen un artículo. Se lo publicaron con presentación y elogio. Después, no soltó la pluma; la muerte, al cumplir el poeta treinta y cinco años, se la arrancó de las manos y le obligó a reposo eterno; ese fué su primero y único descanso. Mas al cumplir la pubertad, Gutiérrez Nájera, como la mayor parte de los muchachos de entonces, había aprendido el francés (¡ah, siempre el francés: ese es el secreto de nuestra transformación!), y en seguida se dedicó, por necesidad instintiva, a estudiar a los poetas franceses, los viejos y los nuevos, los románticos, los parnasianos, los modernistas; en breve leería y comentaría a los neurópatas, a los malditos, a los decadentes, a los simbolistas.

¿Cómo Manuel, sin haber pasado por las aulas oficiales, aprendió desde temprano el francés? Es que desde la invasión de los soldados de Napoleón III, México experimentó, en las clases media y alta, la irresistible influencia de ese pueblo tan comunicativo y sugestivo. Al retornarse las tropas extranjeras después de cuatro años de vivir entre nosotros y de combatirnos, quedaron en el país muchos franceses asimilados ya a nuestra

vida, y entre ellos hubo quienes se dedicaran a la instrucción y abrieran colegios.

Esto determinó entre otras causas la propagación del idioma y la literatura de la nación invasora. Gutiérrez Nájera, por efecto de sus recientes estudios, dió la espalda al españolismo; se afrancesó. Mas era tan ingénito su buen gusto que, en sus trabajos juveniles, (los diez y seis y diez y siete años), aunque hay preponderancia de sus flamantes aficiones, hay rasgos de sus primitivas admiraciones; y aun por los años de 1876-77 se ve como imita a Campoamor y a Bécquer.

Pero de día en día el contagio es evidente; el galicismo empieza a aparecer; salta la alusión exótica; entra sin anunciarse el modismo extranjero; habla la cita intrusa en idioma extraño y tiene la retórica atrevidas novedades. El libro y el ambiente iba modelando a Gutiérrez Nájera; iban formando sus ideas y su estilo, y realizando en él, como consecuencia de impulsos anteriores, un tipo perfecto de innovación y de selección. Poco a poco, en cuanto a la idea, afinó la sutileza y la gracia; en cuanto al sentimiento, diafanizó el manantial puro de su emoción y su ternura, y en cuanto a la forma, halló una elegancia suya, muy personal, en la que se mezclaban los elementos propios con los extraños. La

observación de D. Justo Sierra es exactísima: «el habla española—dice—el vehículo con que ahora y siempre expresamos nuestras ideas, se alteró profundamente, no para traducir necesidades de nuestro espíritu, sino exigencias facticias de nuestra retórica. Precisamente el servicio del admirable poeta, fué poner su ejemplo, como impulso, para acentuar el movimiento que nos llevaba al conocimiento íntimo de la reina de las literaturas latinas en nuestra época, y defender la lengua de España como el vaso único en que debíamos beber el vino nuevo. Pensamientos franceses, en versos españoles. He aquí su divisa literaria.»

Por ahí, por Gutiérrez Nájera, entiendo yo, comenzó el movimiento inicial de la nueva literatura de los países de origen hispánico en este continente, del modernismo americano, que luego se extendió a la lírica española de allende el mar, llevado por el genio dilecto de Rubén Darío.

Gutiérrez Nájera se distinguió de continuo en la vida y en el arte por una cualidad: su aristocratismo. No era hermoso, al contrario: cuerpecillo mediano, airoso y flexible dentro del flux claro o la levita de ceremonia; grande la cabeza, braquicéfala, de cabello corto, recortado en tupé, sobre una frente amplia y un poco asimétrica. Desproporcionada la nariz, mal hecha, cyranes-

ca, de carne rojiza; ojos amarillentos y de forma ligeramente oblicua; no espeso el bigote, pero de páas largas y enceradas; inclinada hacia un lado la boca, hacia el lado que soportaba la perpetua carga del puro. Jesús Valenzuela, al describir al *Duque Job*, en verso, dice de él que parece

#### Un joven japonés en terracota.

Las caricaturas de la época amplificaban tres cosas para caracterizarlo; una nariz, una gardenia, un puro. Porque ni el puro en los labios ni la gardenia en el ojal se separaban de él jamás.

Sin embargo, un aire de distinción rodeaba esta figura *abocetada*. Se conocía a distancia que el poeta tenía una preocupación *brummelesca*. Gustaba naturalmente, sin afectación, de todo lo exquisito y elegante. Y en la sociedad, como en la literatura lo anunciaba esa distinción. Poseía la sabiduría de la frivolidad intencionada, del chiste alado, de la dorada galantería. Nunca en mi país hubo cronista de salones como él. Tampoco hubo humorista, escritor epigramático de aticismo más fino, de más penetrante ingenio. Porque él adquirió presto dos matices sustancialmente franceses de la gracia: el *chic*; el *esprit*.

Y este escritor de atildamiento espontáneo y

noble, de frase joyante; este poeta de versos de oro y cristal, podía elevarse a las alturas del dolor, de la desesperación y de las lágrimas, y hacer con su prosa y con su verso hondas y vigorosas expresiones de angustia. Su elegancia se dramatizaba en un raptó de sinceridad. El alma dolorida y atormentada subía a flor de inspiración. Eso era, en el fondo, un poeta atormentado. Sólo que, incesantemente, su tormento permanecía encubierto por los velos de una dulce y amable gracia. Justo Sierra, en su crítica, lo cree así: «Un poeta atormentado por el deseo de la felicidad y la sed de la verdad, es una tragedia que pasa cantando por la mascarada humana; eso era Manuel, eso era esa alma enferma de ideal, que, como algún día dijo de la de Joubert, estaba encerrada y cohibida por un cuerpo cualquiera encontrado por casualidad».

Para aclarar este concepto, séame permitido seguir en dos o tres ejemplos una nota, la del sufrimiento a través de los versos de Gutiérrez Nájera.

Primero viene la distintiva: la ternura elegante.

### ¡CASTIGADAS...!

Como turba de alegres chiquillas  
que en tropel abandona la escuela,

y, cantando, cual pájaros libres,  
a su casa de tarde regresan,  
tras el largo trabajo del día,  
siempre vivas, garbosas y frescas,  
regresabais a mi alma, ilusiones,  
coronadas de mirto y verbena.  
¡Qué de flores hermosas traíais!  
¡Cuán henchida de frutas la cesta!  
En los labios, ¡qué risas tan dulces!  
En el alma, ¡qué nobles promesas!  
Aún os miro, mis pobres hijitas,  
impacientes tocar a la puerta,  
y con ansia de hacerme cariños  
muy aprisa subir la escalera.  
—¿Qué me traes, botoncito de rosa?  
—Este ramo de azules violetas...  
—¿Qué me da la señora de casa?  
—Su boquita de grana que besa.  
—Ya venís de cazar mariposas;  
os aguarda caliente la cena,  
y mañana, cantando felices,  
volveréis muy temprano a la escuela.

Hoy despacio venís y enlutadas,  
poco a poco subís la escalera,  
con los párpados tiernos muy rojos,  
huerfanitas, calladas y enfermas.  
Ilusiones ¡qué mala es la vida!  
la esperanza del bien ¡qué embustera!

y ¡cuán tristes, con cuánto cansancio  
volveréis de mañana a la escuela!

Ni una flor en el búcaro roto...  
¡Los que vienen aquí se las llevan!  
¡Como todo en la casa está triste,  
las palomas huyeron ligeras...!  
¡Ya no agitan sus alas de nieve,  
despertando a la luz mis ideas;  
no son aves de rico plumaje,  
no retozan, ni cantan, ni vuelan!  
¿No lo veis? Por un claustro sombrío  
en la noche silente, atraviesan,  
con la toca y el hábito negros  
y en las manos la pálida vela.  
Van al coro sin verse ni hablarse,  
sola, oscura, se mira la iglesia...  
¡Cuán heladas las losas de mármol  
y cuán dura la fúnebre reja!  
¡Oh mis monjas! del mundo olvidadas  
paso a paso volvéis a la celda,  
y en el lecho, cruzados los brazos,  
silenciosas quedáis como muertas.

¿Por qué en monjas de lúgubres tocas  
se trocaron las niñas traviesas?  
Ilusiones, ¿por qué os castigaron?  
¡Pobrecitas... yo sé que sois buenas!

Sólo amor y ternura pedíais,  
sólo os dieron engaño y tristeza.  
Ilusiones... ¿por qué os castigaron?  
¡Pobrecitas...! yo sé que sois buenas.

Y esta delicada ternura se torna penetrante, se  
obscorece, y lo que fué suspiro ahora es sollozo:

#### MIS ENLUTADAS

Descienden taciturnas las tristezas  
al fondo de mi alma,  
y entumecidas, haraposas brujas,  
con uñas negras  
mi vida escarban.

De sangre es el color de sus pupilas,  
de nieve son sus lágrimas:  
Hondo pavor infunden... yo las amo  
por ser las solas  
que me acompañan.

Aguárdolas ansioso, si el trabajo  
de ellas me separa,

y búscolas en medio del bullicio,  
y son constantes,  
y nunca tardan.

En las fiestas, a ratos se me pierden  
o se ponen la máscara,  
pero luego las hallo, y así dicen:  
—¡Ven con nosotras!  
¡Vamos a casa!

Suelen dejarme cuando sonriendo  
mis pobres esperanzas  
como enfermitas, ya convalecientes,  
salen alegres  
a la ventana.

Corridas huyen, pero vuelven luego  
y por la puerta falsa  
entran trayendo como nuevo huésped  
alguna triste,  
lívica hermana.

Abrese a recibir las la infinita  
tiniebla de mi alma,  
y van prendiendo en ella mis recuerdos

cual tristes cirios  
de cera pálida.

Entre esas luces, rígido, tendido,  
mi espíritu descansa;  
y las tristezas, revolando en torno,  
lentas salmodias  
rezan y cantan.

Escudrifian del húmedo aposento  
rincones y covachas,  
el escondrijo do guardé cuitado  
todas mis culpas,  
todas mis faltas.

Y urgando mudas, como hambrientas lobas,  
las encuentran, las sacan,  
y volviendo a mi lecho mortuorio  
me las enseñan  
y dicen: habla.

En lo profundo de mi ser bucean,  
pescadoras de lágrimas,  
y vuelven mudas con las negras conchas  
en donde brillan  
gotas heladas.

A veces me revuelvo contra ellas  
y las muerdo con rabia,  
como la niña desvalida y mártir  
muerde a la harpía  
que la maltrata.

Pero en seguida, viéndose impotente,  
mi cólera se aplaca.  
¡Qué culpa tienen, pobres hijas mías,  
si yo las hice  
con sangre y alma?

Venid, tristezas de pupila turbia,  
venid, mis enlutadas,  
las que viajáis por la infinita sombra,  
donde está todo  
lo que se ama.

Vosotras no engañáis: venid, tristezas,  
¡oh mis criaturas blancas  
abandonadas por la madre impía,  
tan embustera  
por la esperanza!

Venid y habladme de las cosas idas,  
de las tumbas que callan,

de muertos buenos y de ingratos vivos...  
Voy con vosotras,  
vamos a casa.

Luego, en *Las Almas Huérfanas*, el sollozo se  
vuelve grito de desesperación y duda:

#### LAS ALMAS HUÉRFANAS

En las noches de insomnio medroso,  
en el lecho, ya extinta mi lámpara,  
por la sombra, cual niño extraviado  
que no encuentra, y la busca, su casa,  
va llorando, pidiendo socorro,  
por la sombra infinita mi alma.  
Desconozco los sitios que cruzo;  
yo no he visto jamás esas caras;  
tienen ojos y a mí no me miran;  
tienen labios y a mí no me hablan.  
¡Qué ciudad tan hermosa y tan grandel  
¡Cuánta gente por las calles y plazas!  
¡Cómo corre hervorosa la turba  
y atropella, derriba y aplasta!  
Ennegrece los aires el humo  
que en columnas despiden las fábricas.  
¡Qué suntuosos palacios! ¡Qué luces!

Y las torres ¡qué altas!, ¡qué altas!  
 Y estoy solo, y a nadie conozco;  
 oigo hablar, y no sé lo que hablan;  
 si pregunto, no entienden y siguen...  
 ¡Oh mis padres! ¡Mi casa! ¡Mi casa!  
 ¿Será sueño? ¿Fué cierto que tuve  
 un hogar, la casita callada,  
 tan alegre, tan fresca por fuera  
 y por dentro tan pura, tan santa?  
 El balcón, siempre abierto de día  
 y cruzado por mística palma,  
 a la luz semejaba decirle:  
 Aquí hay dicha y virtud: Pasa, pasa.  
 De mi padre el cabello muy blanco  
 y los muros color de esas canas,  
 en los tiestos muy frescas las rosas  
 y de rosa vestida mi alma.  
 ¡Qué bien sabe, entre risas, la cena!  
 ¡En el lecho albeaban las sábanas  
 y allí el sueño y el beso materno  
 y el tranquilo esperar la mañana!

¿Cómo fué? Yo salí con alguno...  
 La viviente, brutal marejada  
 me arrastró... volví luego los ojos  
 y estoy solo... ¡Mi casa! ¡Mi casa!

No, no está solo; cruzan los grandes poetas  
 del dolor: Leopardi, Byron, Musset, y él exclama:

¡Ay! es cierto que todos decimos  
 como Rückert: ¡Dadme alas! ¡Dadme alas!

¡Oh Destino! La lluvia húmedece  
 en verano la tierra tostada;  
 en las rocas abruptas retozan,  
 su frescor esparciendo las aguas;  
 pero el hombre de sed agoniza,  
 y sollozan las huérfanas almas:  
 ¿Quién nos trajo? ¿De dónde venimos?  
 ¿Dónde está nuestro hogar, nuestra casa?

Pero donde su angustia se revela más atormentadora y más implacable, es en *Después*, donde un simbolismo perturbador nos da la impresión de asomarnos a una sima en la noche.

### DESPUÉS...

¡Sombra, la sombra sin orillas, esa  
 que no ve, que no acaba...  
 La sombra en que se ahogan los luceros...  
 ¡Esa es la que busco para mi alma!  
 ¡Esa sombra es mi madre, buena madre,  
 pobre madre enlutada!  
 Esa me deja que en su seno llore  
 y nunca de su seno me rechaza...

¡Dejadme ir con ella, amigos míos,  
es mi madre, es mi patria!

¿Qué mar me arroja? ¿De qué abismo vengo?  
¿Qué tremenda borrasca  
con mi vida jugó? ¿Qué ola clemente  
me ha dejado en la playa?  
¿En qué desierto suena mi alarido?  
¿En qué noche infinita va mi alma?  
¿Por qué, prófugo, huyó mi pensamiento?  
¿Quién se fué? ¿Quién me llama?  
¡Todo sombral! ¡Mejor! ¡Que nadie mire!  
¡Estoy desnudo! ¡Ya no tengo nada!

Poco a poco rasgando la tiniebla,  
como puntas de dagas,  
asoman en mi mente los recuerdos  
y oigo voces confusas que me hablan.  
No sé a qué mar cayeron mis ideas...  
Con las olas luchaban...  
¡Yo vi cómo convulsas se acogían  
a las flotantes tablas!  
La noche era muy negra... el mar muy hondo...  
¡Y se ahogaban... se ahogaban!  
¿Cuántas murieron? ¿Cuántas regresaron,  
náufragos desvalidos, a la playa?  
... ¡Sombra, la sombra sin orillas, esa,  
esa es la que busco para mi alma!

¡Muy alto era el peñón cortado a pico,  
sí, muy alto, muy alto!  
Agua iracunda hervía  
en el oscuro fondo del barranco.  
¿Quién me arrojó? Yo estaba en esa cumbre...  
¡y ahora estoy abajo!  
Caí, como la roca descujada  
por titánico brazo.  
Fuí águila tal vez y tuve alas...  
¡ya me las arrancaron!  
Busco mi sangre, pero sólo miro  
agua negra brotando;  
y vivo, sí, más con la vida inmóvil  
del abrupto peñasco...  
¡Cae sobre mí, sacúdeme, torrente!  
¡Fúndeme con tu fuego, ardiente rayo!  
¡Quiero ser onda y desgarrar mi espuma  
en las piedras del tajo...!  
Correr... correr... al fin de la carrera  
perderme en la extensión del Océano.

El templo colosal, de nave inmensa,  
está húmedo y sombrío;  
sin flores el altar; negro, muy negro;  
¡apagados los cirios!  
Señor, ¿en dónde estás? ¡Te busco en vano...!  
¿En dónde estás, oh Cristo?  
Te llamo con pavor porque estoy solo,  
como llama a su padre el pobre niño...!  
¡Y nadie en el altar! ¡Nadie en la nave!

¡Todo en tiniebla sepulcral hundido!  
 ¡Habla! ¡Que suene el órgano! ¡Que vea  
 en el desnudo altar arder los cirios!...  
 ¡Ya me ahogo en la sombra... ya me ahogo!  
 ¡Resucita, Dios mío!

¡Una luz! ¡Un relámpago...! ¡Fué acaso  
 que despertó una lámpara!  
 ¡Ya miro, sí! ¡Ya miro que estoy solo...!  
 ¡Ya puedo ver mi alma!  
 Ya vi que de la cruz te desclavaste  
 y que en la cruz no hay nada...  
 Como esa son las cruces de los muertos...  
 los pomos de las dagas...  
 ¡Y es un puñal, porque su hoja aguda  
 en mi pecho se encaja!  
 Ya ardieron de repente mis recuerdos,  
 ya brillaron las velas apagadas...  
 Vuelven al coro tétrico los monjes  
 y vestidos de luto se adelantan...  
 Traen un cadáver... rezan... ¡oh, Dios mío,  
 todos los cirios con tu soplo apaga...!  
 ¡Sombra, la sombra sin orillas, esa,  
 esa es la que busco para mi alma!

Por fortuna, el hombre recobra al final de la  
 vida un poco de serenidad y dice en *Pax Anime*:

¡Ni una palabra de dolor, blasfemo!  
 Sé altivo, sé gallardo en la caída,

y ve, poeta, con desdén supremo,  
 todas las injusticias de la vida.

Y luego:

En esta vida el único consuelo  
 es acordarse de las horas bellas,  
 y alzar los ojos para ver el cielo  
 cuando el cielo está azul y tiene estrellas.

Recordar... perdonar... haber amado,  
 ser feliz un instante, haber creído,  
 y luego, reclinarse fatigado  
 en el hombro de nieve del olvido.

Lejos está el poeta que así sufre y que así se  
 consuela, de aquel risueño y fácil rimador de la  
 hora efímera:

Desde las puertas de la Sorpresa,  
 hasta la esquina del Jockey Club,  
 no hay española, yankee o francesa,  
 ni más graciosa, ni más traviesa,  
 que la duquesa del *Duque Job*.

Boileau se queda en el aula  
 y Voltaire en la ciudad.  
 ¡Musa al campo! ¡Abre la jaula!  
 ¡Señores versos, entrad!

¡Y qué lejos de las ternuras de enamorado de sus poemas eróticos; qué lejos de la perfumada voluptuosidad de las *Odas breves* y de la prosa saltarina, mórbida, juguetona, de las *Crónicas de colores*, y de las suaves emociones de los *Cuentos frágiles!*

Fué en todo un artista supremo. No me es dado mostrar aquí la parte peculiar de su obra. De buen grado lo haría, seguro de agradar a ustedes y entretenerlos. *El Duque Job* es un hechicero en la prosa, más tal vez que en el verso. Pero es preciso concluir. De Manuel Gutiérrez Nájera queda mucho en la literatura americana actual. El difundió la tendencia modernizante. El inyectó sangre nueva al cuerpo anémico de nuestro españolismo poético. Sin haberse sentado nunca en el sillón del profesor, orientó a su generación y la enseñó a salir de la torre en que estaba prisionera, y preguntaba: Ana, hermana Ana, ¿qué ves? El es un maestro, no mexicano sólo, sino—me atreveré a afirmarlo—continental. Hizo, en definitiva, lo que alguna vez he dicho: eliminando muchas rancias fórmulas y también muchas intrusas e inadaptables modalidades, reconstruyó nuestro organismo verbal. Desde que tal hizo, la literatura mexicana entró, a bandera desplegada, en los reinos del Arte.

## V

**El estancamiento político y el desarrollo literario.—La Dictadura y el Arte.—Sociedades y Revistas.—La Novela.—El Teatro. Los grandes líricos.—Othón.—Díaz Mirón. Nervo.—González Martínez.—Icaza.—Los recién llegados.—Conclusión.**

En los albores del siglo presente, la literatura mexicana había adquirido un desarrollo máximo; estaba en el apogeo de la fuerza y el brillo. En los centros poblados, en las regiones industriales y comerciales, entre las colonias extranjeras (que habían llegado a explotar las riquezas naturales del país, y que, por un mal criterio gubernativo, obtenían individualmente injustas ventajas para la adquisición de concesiones, exenciones y pre-